

ESTUDIO SOBRE CLAVIJO Y FAJARDO

P O R

VENTURA DORESTE

PRELIMINAR.

Por su objeto y por las circunstancias en que va a desarrollarse, la presente charla participará de la lección y del ensayo (1). La estricta finalidad didáctica me compele a exponer algunos hechos, a relatar muy sumariamente la vida de Clavijo y Fajardo, a decir cuáles fueron sus obras y a estudiar (de modo sucinto) la que entre éstas juzgo más importante. La libertad del ensayo me permite ofrecer a ustedes una interpretación algo distinta, expresar ciertos matices de pensamiento y aun cometer casi invisibles travesuras con la sintaxis castellana. Yo no sé si don José Clavijo y Fajardo, hombre fiel a las normas académicas de su tiempo y a determinada clase de autoridades, me consentiría de buena gana la libertad que me tomo. Quien haya repasado la obra de Clavijo echará de ver que las fundamentales ideas de este autor respondían, sin un adarme de originalidad, a las que imperaban en su época; pero él quiso adaptarlas a la realidad española. Clavijo y Fajardo era un espíritu cabal del siglo XVIII, período que hasta no hace mucho ha sido adversamente interpretado en estudios y en manuales.

SOBRE EL SIGLO XVIII.

Es de común observación que los hombres suelen ser enemigos de épocas pasadas, como suelen serlo de los individuos y facciones

¹ El presente texto ha sido utilizado por el autor para dictar conferencias en la Universidad Internacional de Canarias y en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid.

de su propio tiempo. El hombre es, naturalmente, un lobo para el hombre, pero también para los períodos periclitados, si las ideas y tendencias de esas edades no coinciden con las suyas constitutivas. Los lectores de Ortega recordarán, por ejemplo, los ataques e ironías del filósofo contra la época de la Restauración. En el libro en que Jorge Mañach reúne las visitas que hizo a algunos autores españoles, se encuentra una singular rectificación por parte de Dámaso Alonso. El eminente filólogo declara allí que se ha reconciliado con el siglo XIX europeo, pero no con el español. No obstante, yo pienso (sin referirme ahora a otros aspectos esenciales de ese período) que bastan para salvarlo los nombres de Larra, Valera, Bécquer, Galdós o Menéndez Pelayo. Para entender cabalmente lo que pasa en nuestros días, es preciso estudiar el siglo XIX, cosa que ha hecho —entre otros— Manuel Tuñón de Lara, en volumen que se titula así: *La España del siglo XIX*. Contra el XVIII, que es el de Clavijo, han abundado los dictérios. Cuando yo cursaba el bachillerato, uno que hoy es admirable poeta y poderoso razonador, y que entonces era casi condiscípulo mío, publicó en revista de estudiantes una feroz imprecación contra el siglo XVIII. Esto era simple reflejo de las lecciones que escuchábamos en las aulas. Pero, por fortuna, ya hay gente que indaga y reflexiona con imparcialidad acerca de ese vilipendiado período. Julián Marías, en su libro *La España posible en tiempo de Carlos III*, en varios artículos, y hasta en una conferencia [dictada desde esta misma cátedra²], ha acometido la reivindicación del siglo XVIII. En el prólogo de la citada obra dice Marías:

La realidad presente no es inteligible sin verla originarse; ahora bien, la España de nuestro tiempo presenta caracteres que se constituyen, casi sin excepción, desde mediados del siglo XVIII hasta el final de la época romántica; si se estudia atentamente este tiempo, se puede asistir al nacimiento de la mayoría de los rasgos que constituyen, a la vez, nuestros recursos y nuestros problemas

El libro de Julián Marías es un intento estimable. En esa época surge ya la preocupación de España, y se proponen remedios para que prosperen el cultivo de los campos, la industria y el comercio;

² La del Museo Canario

y se quiere que se difunda la educación, señaladamente la técnica. Hace muchos años, publiqué yo un estudio sobre unas cartas periódicas en que un autor anónimo del XVIII sugería normas para el desenvolvimiento de la economía española. No pertenece Clavijo a esta clase de autores doctrinales; a él le interesan más, como luego veremos, las costumbres de su tiempo, y en tal sentido Clavijo viene a ser un precursor de Larra. Buena parte de sus discursos o *pensamientos* obedece a la doctrina del despotismo ilustrado, porque Clavijo pensaba que los gobiernos, paternalmente, podían y debían educar a los súbditos, apartándolos de las nefastas diversiones y de la ociosidad. Es éste el origen de sus campañas contra los autos sacramentales y contra las corridas de toros. Al pueblo se ha de proporcionar diversiones sanas, después de jornadas laboriosas. En verdad, la doctrina del despotismo ilustrado no resulta hoy (en Europa, en América, en cualquier parte del mundo) demasiado anacrónica, sólo que se ha rebajado lo que corresponde a la ilustración para acentuar lo que corresponde al despotismo. Ello parece inevitable en una monstruosa sociedad científica: la ciencia es despótica para el virus y para el hombre, y tiene que serlo porque los hombres y los virus pululan extremadamente, haciendo imposible la ansiada armonía. Clavijo soñaba con una felicidad hoy utópica; pero ¿quién era este soñador?

CLAVIJO Y FAJARDO.

La mejor fuente para estudiar la vida y la obra de Clavijo es la tesis doctoral del catedrático Agustín Espinosa. Por malaventura, esa tesis, que se imprimió en 1950 y que pertenecía a una serie de ediciones del Museo Canario, no alcanzó ninguna difusión; los pliegos se dispersaron, sin llegar a juntarse en forma de libro; pero algún que otro afortunado, entre los que me cuento, pudo rescatar un ejemplar de cada pliego y constituir un volumen, rarísima pieza de bibliógrafo. La malaventura fue debida a que el docto encargado de la edición hubo de ausentarse, casi por las mismas razones que Paul-Louis Courier, aquel teniente humanista de los ejércitos de Napoleón. Es de esperar que la tesis de Espinosa

se reimprima dentro de poco tiempo³. Se trata de un trabajo minucioso en cuanto a las noticias, y muy agudo en cuanto a los juicios; en él no se manifiesta aún por completo la posterior vivacidad estilística de Agustín Espinosa, probablemente porque el género académico no la toleraba. Pero es un libro indispensable en toda biblioteca.

Nació don José Clavijo y Fajardo en Teguiise (Lanzarote) el 19 de marzo de 1726. Hizo estudios filosóficos y teológicos en el Convento de Dominicanos de San Pedro Mártir, en Las Palmas, bajo la dirección de un pariente, religioso, a quien consternaba la independencia espiritual de Clavijo. También cursó el joven un año de leyes, y fue su maestro en esta ciencia don Tomás Pinto Miguel, entonces Regente de la Real Audiencia de Las Palmas. En 1745 Clavijo abandona las islas Canarias, para desempeñar empleos oficiales; estuvo primero en la Secretaría del Ministerio de Marina de Ceuta; luego fue Secretario de la Comandancia General del Campo de San Roque; y, acompañando al Comandante don José Vázquez Priego, llega a Madrid en 1749. No volvió a Canarias, por las cuales no manifiesta en su obra interés alguno. Clavijo se adaptó a la vida de la Corte, donde contaba con buenos valedores; éstos le proporcionaron diversos empleos. Clavijo y Fajardo fue (cosa que en un escritor sorprende) un admirable burócrata, y hasta el fin de su vida trabajó obstinadamente. Todo lo observaba (él, que era taciturno, según confiesa en sus artículos) y de todo sacaba provecho. Cuando prestó servicios en la Secretaría de Guerra, Clavijo comenzó su *Estado general, histórico y cronológico del Ejército y ramos militares de la Monarquía*, obra que elogia Viera en su sucinta biografía de Clavijo. Pasa que este espíritu lanzaroteño se dedicara con tanto fruto a los más diversos saberes, sin descuidar sus obligaciones burocráticas. En 1755 publica Clavijo *El Tribunal de las Damas* y la *Pragmática del Zelo*, primeras muestras del desasosiego e indignación que en él causaban las modas. Dice Espinosa que hasta 1761 viajó Clavijo por España y por Francia; aquí conoció a Buffon y a otros autores franceses. En 1762, y en Madrid, emprende la publicación periódica de *El Pensador*, que, para mi gusto (gusto literario), constituye la obra más im-

³ La tesis de Espinosa se halla nuevamente en prensa

portante de Clavijo. *El Pensador* estuvo saliendo hasta 1767, con una larga interrupción por causa de un curioso percance. En efecto, en 1764 aterra a Clavijo el impetuoso Pedro Caron de Beaumarchais —enemigo temible—, recién llegado a Madrid. El taciturno Clavijo, el tímido Clavijo, había dado palabra de matrimonio a una hermana de Beaumarchais, pero luego no quiso cumplir tal promesa. El indignado francés, como dice Menéndez Pelayo en su manera altisonante, le pidió “cuentas de la honra de su hermana”. Temeroso, Clavijo hace una declaración bochornosa y quiere reconciliarse con su novia, pero, sigilosamente, procura que el gobierno expulse a Caron de Beaumarchais. No tiene suerte Clavijo; el francés acude a las altas esferas y consigue que el periodista pierda su empleo y que probablemente (aventura Espinosa) abandone también la Corte. Basa Espinosa esta última suposición en el hecho de que *El Pensador* no se publicara en los años 1764, 65 y 66. Como no hay prueba documental de que Clavijo se ausentase de la Corte, yo prefiero imaginar que el periodista, sin empleo, herida su sensibilidad (de la que con frecuencia nos habla en sus artículos), apenas tendría ánimos para tomar la pluma. Confiesa Clavijo que leer, pensar y escribir era su ocupación preferida. ¿Cómo iba a ejercitarla en tiempos de desequilibrio? Impugnadores e imitadores de *El Pensador* no quebraron la serenidad de Clavijo, pero sí pudo hacerlo Caron de Beaumarchais. Cabe figurarse que el periodista resistía la polémica intelectual, pero no la física, el ataque cuerpo a cuerpo. De la lectura de los discursos inferimos que Clavijo era de carácter dulce y apacible, aunque obstinado; y por eso nos asombra que Ramón Pérez de Ayala, en unas breves referencias al autor de *El Pensador*, lo califique de “hombre inquieto, impulsivo”, a no ser que a tal calificación fuera Ayala inducido por la aventura con Caron de Beaumarchais. Este se vengó de Clavijo difamándolo en varias obras; el episodio, como se sabe, sirvió a Goethe (a través de un texto de Beaumarchais) para redactar una pieza dramática, que lleva el nombre de *Clavijo*. Otros aprovecharon también, literariamente, el tremendo percance, de modo que el autor de *El Pensador* ha alcanzado más fama por aquel tropiezo que por sus obras diversas. Todo el ruido se debió al método publicitario, un poco a la manera de Hollywood, que utilizaba

Caron de Beaumarchais; la hermana engañada, María Luisa, no era extremadamente joven, pues tenía, según cómputo de Espinosa, más de treinta y tres años; el tímido (o impulsivo) Clavijo contaba treinta y ocho: de suerte que la cosa había sucedido entre personas bastante maduras.

El 1767 se reanuda la publicación de *El Pensador*, del cual hablaré más tarde. Clavijo vuelve a desempeñar empleos, bajo la protección de Campomanes, y redacta otros trabajos. Traduce también varios libros, y en 1770 se le nombra director de los Teatros de los Reales Sitios, donde hizo representar piezas francesas; entre ellas (y esto revela que no era rencoroso Clavijo) *El Barbero de Sevilla*, de su antagonista Caron de Beaumarchais. Desde 1773 a 1779, está al frente del *Mercurio Histórico y Político de Madrid*, que antes había dirigido don Tomás de Iriarte. En 1777 entra Clavijo en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde realiza una obra titánica, como catalogador y secretario. Asimismo traduce la *Historia Natural* de Buffon y La Cépède, labor que absorbe largos años de su vida. En 1806 muere Clavijo; se le había jubilado en 1802.

Tales son, someramente dibujados, los principales hechos en la existencia de nuestro autor. Ha sido menester enumerarlos porque no todos conocen la figura de quien representó un papel notable en las letras, en las ciencias naturales y en la administración estatal del siglo XVIII español. Es lástima que no poseamos (según mis noticias) una buena efigie de Clavijo y Fajardo, pero sí tenemos diversos juicios acerca de su carácter. Basándonos en lo que de sí propio dice en algunos discursos, cogimos que era un temperamento muy observador, taciturno, sensible, bastante aficionado a la soledad estudiosa, hombre meditabundo y tímido. A pesar de este último rasgo, o quizá a causa de él, Clavijo sostenía tercamente sus puntos de vista, desentendiéndose de los tenaces impugnadores, acaso porque (como alguien insinúa) se sentía respaldado por la anuencia oficial. Pero ésta hubo de fallarle en 1764, al llegar a Madrid Caron de Beaumarchais. En verdad, fue dura cosa que el defensor de las honestas costumbres, del decoro, de la moral y la religión, hubiese sido tan acerbamente acusado por el escandaloso francés. Fuertes debieron ser los valedores de Clavijo y ex-

cepcionales las virtudes que ostentaba éste, por cuanto (según acabamos de ver) vuelve a trabajar y descollar en la Corte, no obstante el episodio amoroso. Clavijo permaneció soltero; y si tuvo nuevas aventuras sentimentales, seguramente se condujo con el mayor sigilo.

LA OBRA PERIÓDICA DE CLAVIJO.

He señalado ya las fechas en que se publicó *El Pensador*; este periódico salía los lunes, impreso en los talleres de Joaquín Ibarra, y se hallaba en la librería de Orce, calle de la Montera. Ochenta y seis discursos o *pensamientos* constituyen toda la obra, que alcanzó un éxito sobresaliente, al extremo de que pronto surgieron imitadores, impugnadores, y fue moda murmurar del autor, de las ideas que proponía y del lenguaje que utilizaba. Con exagerada exigencia, hubo quien notó galicismos en aquellas páginas semanales. El cuidadoso Viera alabó, sin embargo —entre otras características—, “la propiedad de la lengua y la ligereza del estilo”. Es cierto que, en líneas generales, *El Pensador* imitaba al famoso *Espectador* inglés, de Addison y Steele; pero Clavijo era un autor español, españolas eran las costumbres que describía y censuraba, españoles el léxico y la construcción; y muy patriótico el objeto de sus ensayos. Pretendía Clavijo nada menos que reformar a los hombres, pintando los vicios y no las personas viciosas; pretendía también divulgar ideas eficaces acerca del teatro, las leyes o la educación. Como Jean-Paul Sartre en nuestro tiempo, no se consideraba Clavijo nacido para el mando directo, tarea que siempre resulta enojosa al intelectual; pero deseaba contribuir, mediante sus observaciones y juicios, a la absoluta mejora de la sociedad hispánica. Me parece que este afán, común en varios autores del siglo XVIII español (y del que hay muestras en libros, gacetas y papeles anónimos), tiene que conmover forzosamente a los preocupados lectores contemporáneos. “Ni mi genio es satírico —decía Clavijo—, ni me ha puesto la pluma en la mano este maligno humor, el rencor, ni la venganza. Únicamente me ha determinado a esta ocupación el gusto de entretener mi tiempo y el deseo de

no haber vivido inútilmente. Conozco el incontestable derecho que tienen todos a mantener su buena opinión, y por ningún motivo excederé los límites de una crítica general". A tal propósito fue Clavijo fiel a lo largo de sus discursos; y cuando quería responder, en términos impersonales, a las censuras y murmuraciones ajenas, publicaba la carta de algún fingido corresponsal que había tomado sobre sí la defensa del *Pensador* ante un concurso de gente. Este recurso puede deberse a la timidez, al orgullo y también a la delicadeza, aunque es verdad que ese expediente ha sido utilizado por los ensayistas ingleses —sus modelos inmediatos— y por otros muchos autores. Pero un español colérico, atacado desde varios lugares de la sociedad, no se habría conducido de manera tan pudorosa. Hoy consideramos sorprendente la medida de Clavijo, su generosidad al hacer representar *El Barbero de Sevilla* y, estando dotado para los discursos o *pensamientos*, su ulterior dedicación a las traducciones y catálogos. A esto último le empujaría el deseo de ser aún más útil a su patria, pues no cabe imaginar que la suspensión de *El Pensador* se debiese a tropiezos de otro orden. Menéndez Pelayo, que no oculta su antipatía hacia Clavijo, declara en la *Historia de las ideas estéticas* que nuestro autor "había vuelto de Francia con un espíritu enciclopedista harto pronunciado, que más adelante le valió algunos disgustos con la Inquisición"; pero, que yo recuerde, Espinosa en su tesis no habla de tales problemas. Podemos suponer que la de Clavijo fue una larga vida de apacible y obstinado trabajo, a excepción del episodio ya referido.

El rey concedió privilegio privativo a don José Clavijo y Fajardo, "para que nadie, sino él, pueda imprimir, reimprimir ni vender" *El Pensador*, en el que las autoridades eclesiásticas no hallaban nada contra la fe. De ese privilegio no se prevaleció Clavijo. Agotado *El Pensador*, se sucedieron las ediciones furtivas, como la que sacó en la capital de Cataluña don Pedro Angel Tarazona, sin nombre de autor y llena de erratas. Era por 1774, y se trataba de un *Semanario curioso, erudito, comercial y económico*; y su texto principal la constituían los artículos de *El Pensador*, a quien se había agregado el gentilicio de *matritense*. He manejado también esta edición furtiva. Ante tales actos piráticos, Viera ex-

clamaba: "Sería de desear que nuestro Pensador, lisonjeando el gusto del público, le diese una nueva edición, aumentada de los diferentes discursos que había dejado inéditos". No sé si los investigadores podrán encontrar esos discursos no conocidos. Clavijo no siguió el consejo de Viera; y hoy "*El Pensador*" es obra rarísima, que debiera ser reeditada por lo menos en volúmenes antológicos. Los ejemplares que yo he utilizado confirman una declaración de Clavijo, que se hallará en la "Crítica de un sermón" (*Pensamiento XXIV*); los libreros —decía Clavijo— obtienen de los conventos libros viejos (con seis dedos de polvo), a cambio de libros escolásticos y sermonarios. Y en efecto, los ejemplares de *El Pensador* que tengo entre mis manos proceden de los Capuchinos de Orihuela, punto donde sin duda existió afición a las obras de Clavijo, pues un tomo de mi *Pensador matritense* lleva en tinta la siguiente nota: "De don Joaquín Ximeno, Canónigo magistral de Pulpito de Orihuela". Esto nos hace pensar que la Inquisición no persiguió las obras de Clavijo y Fajardo, hombre respetuoso con las autoridades eclesiásticas y civiles, aunque alguna vez se permitió un juicio adverso. En el discurso "Ceremonial de tratamientos" (*Pensamiento XV*) se leen estas palabras, sorprendentes en Clavijo: "Es verdad que los Grandes y los Señores están acostumbrados a la lisonja, y la miran como una parte esencial de las atenciones debidas a su nacimiento. No es extraño. Para vencer las impresiones de la educación se necesita un espíritu de orden superior, y éste no está vinculado en las altas jerarquías". Pero, en general, el afán revolucionario de Clavijo no atenta ni contra el orden político ni contra el orden religioso. Lo que él intenta es la reforma de los hombres, y combate la ociosidad y la pereza, las perniciosas costumbres y la falta de industria. En *El Pensador* hay artículos festivos, sin hiel, artículos doctrinales, diálogos alegóricos, diálogos de costumbres, cartas y noticias. Los de costumbres son, para mi gusto, los mejores *pensamientos* de Clavijo; pero también poseen importancia los discursos dedicados a los autos sacramentales y a la fiesta de toros; o aquel en que propone una refundición nacional de las dispersas y confusas leyes españolas.

Era muy natural que las campañas de Clavijo suscitasen impugnadores, entre los que nombraremos a don Juan Cristóbal Ro-

mea y Tapia y a don Francisco Mariano Nipho. Mucho interés ofrece, entre los imitadores, doña Beatriz Cienfuegos, concedora de lenguas clásicas, quien en 1763 comenzó a publicar un periódico bajo el título de *La Pensadora gaditana*, primero en Madrid y luego en Cádiz. Estos datos se encontrarán en la tesis de Agustín Espinosa, el cual opina que *La Pensadora gaditana* —espíritu de singular agudeza— “tiene cosas dichas con mucha soltura, oportunidad y humorismo”. Pero hagamos poco caso de impugnadores e imitadores, porque nuestro propósito sólo estriba en el estudio directo de *El Pensador* de Clavijo. Ni siquiera podremos abordar otras regiones de la obra de éste.

FEIJOO Y CLAVIJO.

Es tentador e inevitable el paralelo entre Feijoo y don José Clavijo y Fajardo. Desde luego, no es posible considerar al segundo a la misma altura del primero, si bien la obra de Clavijo, muy difundida en su tiempo, merece ser ampliamente tratada en las historias literarias y en las monografías de los especialistas. El propio Menéndez Pelayo lo cita más bien para exponer las razones de los impugnadores; pero reconoce que tradujo “con bastante pureza de lengua” la *Historia Natural* de Buffon; no se detiene, sin embargo, a analizar los discursos de *El Pensador*, que juzga imitación del *Spectator* de Addison. La erudición de Feijoo es más copiosa, y sus ensayos mucho más densos. Feijoo se proponía fundamentalmente una reforma del vulgar conocimiento, y sus análisis son más penetrantes que los de Clavijo. Este, en cambio, se inclina sobre todo a la reforma de las costumbres; en los trabajos que a ello dedica hallaremos al mejor Clavijo, al Clavijo más original, agudo y certero. Es explicable que Feijoo, encerrado en una celda, no hable de las costumbres (cuando a ellas alude) con la misma visión directa, viva y festiva, que lo hace Clavijo; tampoco, es cierto, interesaban las costumbres a Feijoo, sino el desarraigo del pertinaz error, una de las cadenas del espíritu hispánico. Otra venía a serlo, a ojos de Clavijo, la mecánica insistencia en los hábitos estériles. Cuando en *El Pensador* se estudian obras tea-

trales, se observa que el poder analítico disminuye y que don José Clavijo y Fajardo repite lugares comunes; cuando se adentra en temas de preceptiva, Clavijo sigue con fidelidad a las autoridades de su tiempo. Feijoo, en materia estética, es más incisivo y libre, y puede desembarazarse de las doctrinas ajenas. El estilo de Clavijo nos parece más vivaz, como habrán echado de ver ustedes al oír las citas anteriores. Tal cualidad conviene al periodista y al observador de las costumbres. En Feijoo priva lo reflexivo, lo madurado; y en sus discursos se hallarán fórmulas expresivas, un poderoso don de síntesis. Repárese, verbigracia, en el siguiente fragmento:

Una ventaja podrá pretender la lengua francesa sobre la castellana, deducida de su más fácil articulación. Es cierto que los franceses pronuncian más blando; los españoles más fuerte. La lengua francesa, digámoslo así, se deshiza; la española golpea. Pero, lo primero, esta diferencia no está en la sustancia del idioma, sino en el accidente de la pronunciación, siendo cierto que una misma dicción, una misma letra, puede pronunciarse o fuerte o blanda, según la varia aplicación del órgano, que, por la mayor parte, es voluntaria. Y así no faltan españoles que articulen con mucha suavidad, y aún creo que casi todos los hombres de alguna polcía hoy lo hacen así. Lo segundo, digo, que aun cuando se admitiese esta diferencia entre los dos idiomas, más razón habría de conceder el exceso al castellano, siendo prenda más noble del idioma una valentía varonil que una blandura afeminada.

Vanamente buscaremos en las páginas doctrinales de Clavijo un fragmento de expresión tan original y sintética, no reflejo de lecturas, sino producto de observaciones y del ejercicio de la mente. Pues lo más valioso de Clavijo surge del contacto con la misma realidad, en tertulias, fiestas, templos o paseos. Es el nuestro, claro está, un autor secundario en la historia literaria española, pero no debe ser preterido, como si se tratara de un autor episódico. Por lo demás, no cabe quejarse demasiado, porque aun los mayores han sufrido altibajos en la estimación. Citaré, por ejemplo, al propio Feijoo, de quien un imparcial estudioso del siglo XVIII, Julián Marías, en *La España posible en tiempo de Carlos III*, ha dicho lo siguiente: "El reverso de la *tibetanización*, y desde muy pronto, es Feijoo, figura tan limitada intelectualmente como admirable por su actitud moral —se entiende, de moral intelectual, muy supe-

rior a sus *dotes*—, y que merece un estudio más a fondo que los pocos y no muy hondos que hasta ahora se le han dedicado”. Si así se juzga a Feijoo, imagínese cómo se podrá juzgar a Clavijo, cuya obra es menos densa y extensa. Produce cierta irritación el que, al considerar a un autor determinado, se cargue el acento sobre su moral, intelectual o no, para exaltar o deprimir su quehacer literario. A este método no son extraños algunos historiadores, como el mismo Menéndez Pelayo, cosa que luego veremos al examinar rápidamente el problema de Clavijo y de los autos sacramentales.

CLAVIJO Y LOS TOROS.

A Clavijo le molestaban la tosquedad y barbarie de las costumbres españolas. Uno de sus *pensamientos* consiste en una fingida carta, en la cual un viajero censura los malos modos de los fieles en nuestros templos. “Van a misa —dice el supuesto viajero—, y ocupan el tiempo que ésta dura en saludarse, conversar y reconocer las personas que hay en la Mezquita”. Máximo ejemplo de tosquedad y barbarie halla Clavijo en las corridas de toros; él reconoce la licitud de las diversiones, tras una jornada de trabajo, pero condena el modo de conducirse los españoles en aquellas fiestas. No le parece justo que se repruebe el homicidio, y que, en cambio, se permita que un torero muera voluntariamente entre los cuernos del toro. La religión, la humanidad y la decencia sufren en el funesto espectáculo, a cuya censura consagra dos *pensamientos*. En cuanto al mismo público, la conducta de éste se le figura incorrecta. Escúchese cómo pinta la entrada de los espectadores:

Si es hombre y poco detenido, va mirando y remirando las mujeres que encuentra al paso; hace cuidado del descuido, y de la necesidad y apretura pretexto para la llaneza, la chufleta y la chanza, donde ve señales de que no será mal recibida. Son también harto frecuentes las riñas, los altercados e improperios sobre los asientos. Si es mujer, la precisión de ir subiendo de un escalón a otro (que son bien altos) y la galantería de alargarla la mano, y tomarla del brazo para ayudarla a subir y transitar, dan motivo a muchas indecencias, que con dificultad pueden evitarse.

Ya sentados los espectadores, el tímido Clavijo se indigna al reparar en las apreturas y roces entre personas de distinto sexo: “esto sin contar con los que de antemano están citados para juntarse en aquel teatro”. No se explica uno cómo Clavijo tuvo arres-tos para engañar a la hermana de Caron de Beaumarchais. Todo le irrita: el salvajismo de la fiesta, el comportamiento del público, el uso (o desuso) de los vestidos:

Añádase que la estación calorosa obliga a llevar poca ropa, y que las mujeres, cuya principal diversión es ver y ser vistas suelen no olvidar cosa alguna de las que conducen a hacerlas parecer hermosas. Bastante he dicho para los inteligentes.

¿Y un hombre tan pudibundo, tan amante del decoro en los templos, en las tertulias y diversiones, tan obstinado defensor de la monarquía, pudo ser tachado de volteriano? Voltaire habría compuesto, de haberlas visto, unas páginas regocijadas y regocijantes con esas toscas escenas. A Clavijo le preocupan todos los aspectos: hasta la pérdida de jornales en los días de toros. Naturalmente, estas censuras provocaron respuestas. En su tesis declara Agustín Espinosa: “Aunque también se levantaron contra estas campañas de Clavijo. los nacionalistas, no se ha ocupado nadie, después, de ellas”. Imagino que muy anteriores a la tesis de Espinosa son los ensayos que Ramón Pérez de Ayala compiló en su libro *Política y toros* (1918); en el titulado “Apologistas y detractores”, Ayala se refiere a las campañas antitaurinas de Clavijo, a quien considera “ingenio cultivado y de nada común textura”. Con posterioridad, sobre la fiesta taurina, sobre sus apologistas y detractores, se ha dicho casi todo.

LAS CRÍTICAS CONTRA LOS AUTOS SACRAMENTALES.

A Clavijo se le recuerda más por sus censuras contra los autos sacramentales, censuras que, al parecer, tuvieron eficacia porque (dos años más tarde) los autos fueron prohibidos por Real Cédula. Espinosa afirma que los artículos de Clavijo no influyeron inmediatamente en esa prohibición; y añade que es probable que, mediando dos años entre los artículos y la Real Cédula, aquéllos es-

tuviesen ya olvidados; pero no es inverosímil, pienso, que Clavijo repitiese sus censuras en las altas esferas. A la autoridad literaria y personal de Clavijo concede mucho influjo Menéndez Pelayo; y de aquí el tono forense que adopta al historiar las campañas de nuestro autor. Este examina los autos por lo que toca a las bellas letras y por lo que mira a la religión; en cuanto a aquéllas, Clavijo, hombre aferrado a los preceptos, entiende que los autos no pertenecen ni al género épico, ni al lírico, ni al dramático, “faltándoles para todo esto los requisitos que han dictado la razón y el buen gusto”. Por lo que respecta a la religión, Clavijo aduce: “Se podrá fortificar nuestra fe con las exposiciones, acaso voluntarias, de estos misterios? ¿Serán a propósito para instruirnos? Dúdolo mucho, y sólo no admite duda el que los autos parece se oponen a la suprema prohibición, queriendo poner al alcance de nuestra débil comprensión lo que dejaría de ser soberanamente grande si nuestra razón limitada fuese capaz de conseguirlo”. Como se observará, estos tímidos argumentos están lejos de ser volterianos. Tampoco tiene mayor fuerza lo que alega Clavijo en punto a los actores y actrices: que unos y otras se peleen, que una mujer de vida airada desempeñe el papel de la Virgen, nada de esto compone una objeción estética, sino a lo sumo moral, que era (por lo visto) la fundamental preocupación de don José Clavijo y Fajardo. Podrían rechazarse las malas representaciones, y los autos disparatados y las costumbres funestas, pero no los modelos en el género.

Para Menéndez Pelayo, Clavijo es “el afrancesado y volteriano periodista”, y no deja de echarle en cara el episodio con Caron de Beaumarchais. En cambio, elogia sin medida a don Juan Cristóbal de Romea y Tapia, enemigo de *El Pensador*; en cambio, también, alaba a don Francisco Mariano Nipho, cargando el acento sobre lo moral y no sobre lo literario. “Detestable poeta lírico y dramático —dice Menéndez—, pero hombre bueno, candoroso y excelente, periodista fecundísimo y compilador eterno, escritor de tijera, aunque útil en su clase ” Si Clavijo hubiese defendido los autos contra el parecer de Nipho, Menéndez Pelayo habría denostado al segundo y ensalzado al primero; y en las páginas del autor insular habría advertido no pocas seducciones. Pero el doble ata-

que contra los autos y la posterior prohibición de éstos causaron en el admirable erudito una especie de ceguera, y así no pudo examinar los otros discursos de Clavijo. Más que religiosa, más que estética, la censura que nuestro Pensador ejerce sobre los autos viene a ser de orden moral. Clavijo no está seguro de que el público asistiera a la representación de tales obras si faltasen música, sainetes, galas y decoraciones. Véase cómo en el curso de su razonamiento acude Clavijo a la pintura de las costumbres. Son éstas sus palabras:

No obsta que digan algunos van a los autos por aprender la teología escolástica y la expositiva, y que aprenden más en una tarde de autos que en muchos meses de trabajo sobre los libros. Si faltasen los adornos referidos, quizá no serían tan instructivos; y tal vez los que hoy suspiran por ir a los corrales a aprender teología, serían los primeros desertores. Lo cierto es que yo no veo que éstos ni los demás que concurren a la representación de los autos, salgan del corral al tiempo de los intermedios y se mantengan en ellos mientras pueden oír su pretendida lección. Lo que sí se advierte continuamente es que la mayor parte de las gentes, y particularmente las de un cierto tono, están en conversaciones, o dejan los aposentos y lunetas, mientras dura el auto, y sólo asisten al entremés y sanete. En éstos hallan únicamente diversión, y la pieza principal les es fastidiosa.

Estas observaciones de Clavijo no sorprenderán a nadie; porque, desde entonces, la conducta del público no ha variado extremadamente: muchas señoras de hoy se distraen más en los entreactos, contemplando al resto de los asistentes, que durante la representación de las obras. Y me figuro que en los tiempos clásicos ocurriría lo mismo.

EL EXAMEN DE LAS COSTUMBRES.

He afirmado que en Clavijo importan menos las ideas generales —reflejo de ideas ajenas— que la visión directa de la conducta de sus contemporáneos; he dicho también que Clavijo, en este aspecto, viene a ser un precursor de Larra. Y como él confiesa, su sátira no es despiadada, rencorosa, sino lícita y laudable, porque con ella aspira a conseguir la mejora de los hombres y, con-

secuentemente, la de España, su patria. No es justo aplicar a espíritus de esta clase el dictamen de afrancesados. Clavijo no se opone ni a la religión ni al gobierno; tampoco censura las que él considera buenas tradiciones; pero sostiene un ideal de mesura, de trabajo, de educación intelectual y técnica, de policía en los sentimientos y en las costumbres. A Clavijo le irritan las modas exageradas, la ociosidad estéril de muchos caballeros, el guirigay y presunción de los petimetres y las damas, el lenguaje y conducta de majos y majas; y, en suma, todo lo que choca con la razón y el gusto. Véanse, por ejemplo, los discursos en que Clavijo trata de la maledicencia y la detracción —vicios nacionales—, o aquel en que efectúa un certero análisis de la pedantería: es éste el *Pensamiento XI*. Señala Clavijo dos linajes de pedantería: una tosca, que todo el mundo sabe distinguir fácilmente; y otra “mucho más fina y delicada, que puede esconderse a un mediano discernimiento, y suele hallarse en personas dotadas de espíritu y talentos, que se toman el privilegio de ridiculizar la *pedantería* de los demás, al mismo tiempo que ellos están incurriendo en la suya”. Son varias las figuras de pedantes trazadas por Clavijo. En cuanto a las damas, las hay que tienen *cortejos*, es decir, perpetuos acompañantes y festejantes, con la tolerancia de los maridos. Precisamente, el *Pensamiento LIII* (edición furtiva de don Pedro Angel de Tarazona) consiste en un curioso “Diálogo entre marido y mujer”; el primero se queja de los enormes gastos superfluos, de que la esposa no suela permanecer en casa y esté en todos sitios seguida de cortejantes. Vanas son las quejas del marido: las irónicas y enojadas contestaciones de la mujer anticipan ya la libertad moderna. Escúchese un fragmento de este delicioso diálogo:

MUJER.—Basta, basta; no tiene vuestra merced que cansarse. Lo entiendo De suerte que vuestra merced no gusta de ver a mi lado gentes festivas, que me acompañen, sirvan y diviertan, sino viejos inútiles y mal acondicionados, que a cada instante salgan con un parrafito de moral, y quienes en cada palabra mía encuentre una contradicción ¿No es así? El proyecto es admirable.

MARIDO —Señora, no es así.

MUJER —Sea como fuere, no hay que dudar que el pensamiento es gracioso. Pero ¿sabremos cuál es la intención de vuestra merced o el medio de que intenta valerse para alejar a éstos que llama holgazanes?

MARIDO.—Que los despida vuestra merced, pues sabe muy bien el modo de despedir a las gentes. Haga con éstos lo mismo que ha hecho con los que yo he traído

MUJER.—¡Que yo los despida! ¿Y por qué razón? ¿Qué mal me han hecho? Jamás me he escandalizado de verme servida, ni de que me tengan por hermosa; antes, si he de decir verdad, todo esto me da mucho gusto

El marido no consigue convencer a la esposa; el diálogo sube de tono, y, cuando llegan a los insultos, el Pensador, que escuchaba pasmado, decide retirarse “por no ver la conclusión” de aquella polémica; lo cual es indicio del alma delicada de don José Clavijo. Pero él había trasladado ya lo esencial del diálogo entre ambos contendientes. La sobriedad, la vivacidad y el sabor de la escena permiten imaginarnos lo que habría sido nuestro periodista como autor cómico, a la manera —diríamos— de un Molière. Hasta cierto punto, Clavijo prefigura la comedia posterior, que cultivaría don Leandro Fernández de Moratín. Muy interesantes son también las descripciones de varias tertulias, a las cuales acudía el silencioso Clavijo, ávido de ilustración. Tal o cual de esas tertulias del siglo XVIII nos trae a la memoria unas páginas de José Pla, quien cuenta que en las sabias reuniones contemporáneas no se habla de libros, ni de política, ni de nada importante; los contertulios que ha escuchado Pla suelen discutir sobre las virtudes de sus respectivos automóviles o máquinas eléctricas de afeitar. Con razón podía decir Clavijo: “Me ha hecho ponerme serio y melancólico la nota que nos ponen las demás naciones de tardos y perezosos”. ¿Qué recomendaba en su tiempo el Pensador? Lo mismo que otros estudiosos de la decadencia de España: “Desechar el ocio, abrazar el trabajo, aprovecharse de la industria: este el único medio de desmentir más aquella nota”. No entraremos en el examen de los discursos en que Clavijo nos revela la vida ociosa de damas, caballeros y aun artesanos.

LA CRÍTICA LITERARIA.

Si Clavijo deleita, estimula y sorprende con sus artículos de costumbres, menos entusiasmo causa como crítico literario. Cuando da breves noticias de comedias recién representadas, casi se

limita a repetir, una y otra vez, los mismos epítetos: monstruoso, disforme. Sin duda, tales comedias no eran excelentes; pero tampoco el crítico pretende efectuar un análisis minucioso ni aun agudo. Frente al teatro del Siglo de Oro, Clavijo adopta la general actitud de su tiempo, y habla siempre de las normas de la razón y el buen gusto, aunque no desconoce que lo fundamental es el talento. Como preceptista, Clavijo sigue a determinadas autoridades; pero, de vez en cuando, sea por sensibilidad estética, sea por preocupaciones morales, nuestro autor se aparta de las rígidas normas y ofrece juicios valiosos. Si en el primer artículo contra los autos piensa que a Calderón quizá le moviera a componer tales obras “una devoción fervorosa, aunque indiscreta”, en el segundo aclara: “Mi ánimo tampoco es el de zaherir a don Pedro Calderón, a quien no se puede negar, sin notoria injusticia, una grande invención, mucha pureza en el lenguaje y una facilidad de versificar que pocos han igualado”. Pero no, no está el mejor Clavijo en los discursos o *pensamientos* de crítica literaria. Sin embargo, considero que la lectura de esos discursos es indispensable para el buen conocimiento de nuestro autor. Los ensayistas ingleses de su época —un Addison, verbigracia— dan muestras de una sensibilidad estética superior a la de Clavijo. Lo propio, en España, acontece con el más erudito Feijoo. Pero hay que llegar a don Juan Valera para encontrar, entre nosotros, un crítico de altura, así por la inteligencia como por el gusto. En Valera las autoridades vienen a ser una necesaria piedra de toque, no la imponente roca de Sísifo. En otro orden también está (desde luego) don Marcelino Menéndez Pelayo.

FINAL.

Lástima que Clavijo —en 1767— dejara de publicar *El Pensador*; el hecho de que desoyese los consejos de Viera, esto es, el hecho de que no diese él mismo una segunda edición de sus discursos y permitiera que circularan las furtivas, nos lleva a imaginar que estaba ya cansado de esas tareas literarias, pero sobre todo de su misión: la reforma de los hombres. Aquí y allá, a lo largo de ochenta y seis *pensamientos*, podemos escuchar sus pa-

labras de melancolía, y aun dice expresamente que es pesima la ocupación de Pensador. Muchos murmuraban de Clavijo, según declara en ciertos discursos. Y en otro afirma:

Entre nosotros han tomado ya algunos por estribillo el tratar de herejes a los que leen libros o han corrido países extranjeros. Si alguno de éstos procura sacarnos de alguna de aquellas preocupaciones que nos saheron al encuentro al tener uso de razón, y que ordinariamente suelen acompañarnos el resto de la vida, al instante levantan el grnto los ignorantes y lo dan por sospechoso en religión. Pero ¿esto acaece sólo cuando se controvierte algún punto dogmático? No por cierto en todas materias sucede lo mismo

Si esto dice Clavijo cuando ha publicado sólo diecinueve *pensamientos*, figúrese lo que sentiría al tener avanzada la tarea. Traducciones y catálogos eran labores más útiles (por el momento) y menos peligrosas. Adivinamos que Clavijo cierra con melancolía su etapa de periodista, no porque le hubiese molestado la Inquisición, sino por las razones expuestas. Al estudiar esta o aquella zona de su obra, nos ha interesado más el aspecto costumbrista; ya al hablar de la fiesta de toros, ya al referirnos a los autos sacramentales, nos hemos fijado con preferencia en la conducta de los hombres, y no en las doctrinas. Clavijo era un admirable escritor de costumbres, y, potencialmente, un buen autor de comedias.

Clavijo ha sido mi tema; lo he tratado con afecto y hasta con alguna ironía, con simpatía y a veces con desgana. Yo quisiera que mi imagen de Clavijo hubiese llegado a ustedes, o, mejor aún, que estas notas les moviesen a leer las páginas de *El Pensador* y a remodelar la sucinta imagen que acabo de ofrecerles.